

Impacto de la video política en los partidos políticos¹

1. INTRODUCCIÓN

La importancia creciente de los medios de comunicación, en especial de la televisión, es un fenómeno contemporáneo de amplio alcance que está provocando cambios en diversos ámbitos, entre ellos la actividad política. El impacto de lo que Giovanni Sartori ha llamado la video política, sobre los procesos y actores políticos, es múltiple (Sartori, 1998). Pero en este trabajo nos centraremos sólo en los cambios que ha provocado en los partidos políticos.

Antes de abordar de lleno el tema, se requieren dos aclaraciones:

La primera, es que en las sociedades contemporáneas los partidos políticos se encuentran desafiados por variadas transformaciones sociales y no sólo por el poder del video o la video política. Entre estas transformaciones destacan: la pérdida de centralidad de la política; el redimensionamiento de las funciones estatales; las modificaciones en el espacio político; el auge de la economía abierta de mercado; el aumento de la diversificación social y la fragmentación de actores que modifican las pautas de la representación política; la complejidad de los problemas sociales y la aparición de actores políticos, como los llamados nuevos movimientos sociales, que disputan protagonismo a los partidos.

¹ Documento preparado para el seminario «La cuestión democrática como proyecto para el siglo XXI», organizado por FKA-ODCA, Río de Janeiro, 3, 4 y 5 de junio de 1998.

La segunda aclaración es lo reciente del fenómeno, lo cual ayuda a que las opiniones sobre sus efectos se contrapongan. Para algunos cientistas políticos, el avance tecnológico aplicado a las comunicaciones es benéfico para la política democrática, pues permitirá hacer viables formas directas de participación dentro de sistemas políticos que poseen millones de habitantes y extenso territorio. Otros, como Sartori, destacan, sobre todo, los aspectos negativos de la video política, a la cual culpan de provocar diversos problemas en la calidad de la democracia (personalización de la política, encarecimiento de las campañas, empobrecimiento cívico y fomento del localismo y de la fragmentación, que impiden el logro del bien común). Finalmente, tenemos posiciones como la de Ulrich Sarcinelli y Danilo Zolo, que destacan la ambigüedad del fenómeno y lo prematuro que resultaría hacer pronósticos sobre el curso futuro de los acontecimientos. Estos autores recomiendan enfrentar los cambios en curso, evitando tanto el optimismo superficial como las teorías conspirativas (Sarcinelli, 1995 y 1997, Zolo, 1994).

Sin perjuicio de considerar pertinente el llamado a la prudencia que realizan los autores recién citados, nos parece que el cambio tecnológico aplicado a la comunicación política no hará tan fácilmente posible la aparición de una nueva democracia que permita sustituir, total o significativamente, a los mecanismos e instituciones propios de la democracia representativa, con lo cual se quitaría prácticamente toda significación concreta a los papeles que cumplen los partidos políticos en dichos sistemas.

Señalamos, además, que no tenemos claro si lo anterior, de ser posible, sería deseable, pues parecen persuasivos los argumentos que distintos teóricos de la política han entregado sobre los inconvenientes o efectos perversos de una "democracia de los botones". Sartori, por ejemplo, ha indicado que ello nos llevaría a una democracia de referéndum, que establece mecanismos de decisión de suma cero, donde los derechos de la minoría se ven afectados, maximizándose así el conflicto político. De igual manera, este autor indica que la "solución electrónica" deja pendiente la cuestión fundamental de quién, y en qué términos, establecerá la agenda temática y formulará los problemas, sobre

los cuales deberán pronunciarse los “*tele ciudadanos*” (Sartori, 1988).

Otro cientista político destacado, C. B. Macpherson, comparte con Sartori este último planteamiento y agrega más inconvenientes, como por ejemplo, el peligro de que se produzca una explosión de demandas particularistas y conflictivas, difícilmente articulables por el sistema político. Su conclusión es que no podremos prescindir de los políticos elegidos y que la tecnología electrónica no nos aportará la democracia directa (Macpherson, 1982).

2. IMPACTO DE LA TELEVISIÓN EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Dicho lo anterior, hoy parece posible afirmar que la mediatización de la comunicación política es un factor que, por sí solo o como coadyuvante, induce modificaciones en las funciones y formas de organización de los partidos. Y que, al mismo tiempo, agrava las dificultades para institucionalizar sistemas de partidos en sistemas políticos donde la política competitiva carece de regularidad o en que las tradiciones democráticas son débiles.

A continuación, buscaremos analizar cada una de estas tres cuestiones:

2.1. Impacto de la televisión en las funciones de los partidos

Los partidos políticos han sido actores relevantes en las sociedades contemporáneas, porque cumplen funciones socialmente útiles. Dichas funciones son variadas. Así, por ejemplo, en un libro clásico de ciencia política, los norteamericanos G. Almond y B. Powell, señalaron como funciones relevantes de los partidos la articulación de intereses, la socialización política y la movilización de la opinión pública (Almond y Powell, 1972).

Y en relación con estas tres funciones, el impacto de los medios, fundamentalmente de la TV, es creciente y el detrimento de los

partidos también. Lo anterior es obvio respecto a la movilización de la opinión pública y a la socialización política. Pero además, en muchos sistemas políticos, donde los partidos han sido históricamente débiles o se han demostrado incapaces de manejar crisis económicas o sociales, han surgido nuevos actores que comienzan a convertirse en un vehículo (movimientos sociales, iglesias) o en un espacio (la TV) para que los ciudadanos expresen sus demandas. De esta forma, los partidos pierden el monopolio de la articulación de los intereses y las demandas sociales, ya no sólo respecto a grupos de presión con los cuales han convivido en forma más o menos pacífica, sino también respecto a nuevos actores, entre los cuales se encuentra la televisión.

Algo similar ocurre en relación con otras funciones partidistas. Así, también vemos el impacto de nuevos actores y de la TV sobre la participación política. El papel de los partidos ha quedado reducido fundamentalmente a la participación en elecciones, pues los "consumidores" de noticias políticas reemplazan a los ciudadanos activos y formas individualistas de expresión política reemplazan a la militancia en partidos y a otras formas de acción colectiva. En términos de García Canclini, este cambio supone, además de un incentivo a la pasividad política de las personas, el que "las formas argumentativas y críticas de participación ceden su lugar al goce de espectáculos, en los cuales la narración o simple acumulación de anécdotas prevalece sobre el razonamiento de los problemas, y la exhibición fugaz de los acontecimientos, sobre su tratamiento estructural y prolongado" (García Canclini, 1995). Esto llevaría a la declinación de la ciudadanía y del sentido de pertenencia política (Zolo, 1997).

Formas tradicionales de participación, incluso en momentos electorales, han quedado crecientemente obsoletas para los votantes (y hasta para los militantes). Así lo prueba el retroceso de asambleas y concentraciones populares. Al parecer, avanzamos a una democracia de espectadores, en la cual la plaza pública y otros ámbitos de encuentro y de debate serían reemplazados por un espacio electrónico al cual los ciudadanos se vinculan desde sus domicilios particulares. Desaparece así la interactividad en la comunicación política, pues los flujos discurren en un solo sentido:

desde "la clase política", compuesta por algunos dirigentes políticos, algunos científicos sociales y algunos periodistas, hacia los públicos de masa (Zolo, 1994).

Pero también en la agregación de intereses sociales, el papel de los medios es creciente. En efecto, ellos muchas veces determinan o condicionan fuertemente lo que se incorpora o se excluye de la agenda pública, o bien constituyen el espacio donde se debaten problemas públicos y alternativos de solución a los mismos (Zolo, 1994). Y dependerá de la fuerza y calidad técnica de los partidos, si logran o no hacerse presentes en los medios.

La función de reclutamiento político, que consiste en proveer los distintos cargos públicos que el sistema requiere en sus diferentes niveles, también ha dejado de ser terreno exclusivo de los partidos. Incluso, en elecciones nacionales hemos visto la irrupción de "outsiders" que, apoyados en los medios, han desafiado, a veces con éxito, a los actores partidistas o a los canales tradicionales de promoción de liderazgo.

Todo lo anterior demuestra que se produce un cambio estructural de la comunicación política, donde lo mediático gana terreno a lo organizacional. Como es obvio, dicho cambio está alterando también la función de legitimación, es decir, el peso en las tareas de articular el apoyo y la confianza de las personas en las reglas del juego político, depende también, cada día más, de los medios y menos de los partidos.

Subsisten no obstante, y como es obvio, importantes tareas funcionales de los partidos. Entre ellas destacan la función de representación de los ciudadanos en las arenas institucionales y, por supuesto, la función de gobernación.

Ellas, sin embargo, experimentan diversos cambios que las dificultan o devalúan. Así, la gobernación es afectada por la pérdida de centralidad de la política, por crisis económicas, por cambios en la escala del espacio político, por el aumento de la complejidad social, así como por la globalización y las tensiones que ella provoca al interior del Estado Nación.

Además, la realización de la función de gobernación muchas veces es opaca para la opinión pública. Como ha señalado Sarcinelli "existe una cara interna de la actuación política que escapa en gran medida a la atención medial: procesos políticos y procedimientos institucionalizados claves en la formación de la voluntad política y en la adopción de decisiones, como por ejemplo el trabajo interno en los parlamentos, no son visibles a los ciudadanos" (Sarcinelli, 1995).

La función de representación, por su parte, depende cada día más de lo que muestran los medios o de lo que señalan las encuestas. Ello, porque han surgido nuevas dificultades para desarrollarla, como por ejemplo, la fragmentación y debilidad de los actores sociales, producto de la atomización y el individualismo. También, porque la segmentación de intereses y de actores dificulta la configuración de plataformas generales. Éste es otro factor que dificulta la interactividad entre gobernantes y gobernados y fomenta lo que algunos han llamado la video dependencia de los dirigentes políticos. Ello significa que los representantes tienen cada vez menos relación con los acontecimientos genuinos, pues se relacionan cada vez más con acontecimientos seleccionados, redimensionados y/o distorsionados por las cámaras de televisión.

2.2. Impacto de la televisión en la organización de los partidos

Desde el punto de vista organizacional, los partidos pueden ser vistos como un grupo de apoyo para los afiliados, como sistemas de decisión y como redes de información. Con esto último, se destaca que la organización del partido ha jugado, históricamente, un papel relevante como canal de comunicación entre los dirigentes, los afiliados, los adherentes y los votantes. Así se han difundido informaciones, se han conformado preferencias y se han recogido opiniones. Sin embargo, en las últimas décadas ello también ha cambiado, induciendo a transformaciones en los tipos predominantes de partidos.

Como se sabe, el politólogo francés Maurice Duverger señaló, a principios de la década de los 50, que el futuro pertenecería a

un tipo particular de organización: El Partido Burocrático de Masas, caracterizado por su homogeneidad ideológica, por su base de apoyo clasista, por el peso del "aparato" y la importancia del papel del afiliado en campañas electorales y en el financiamiento del partido, vía cuotas individuales (Duverger, 1972).

Sin embargo, a mediados de los años 60, otros politólogos señalaron que en las democracias occidentales estaba irrumpiendo un partido "*Escoba*" o "*Atrapa Todo*", caracterizado por la disminución de la importancia de la ideología, el fortalecimiento de los grupos internos de dirección, la disminución del papel del militante y la ampliación de la base de apoyo tradicional hacia otros grupos sociales distintos a los que usualmente le votaban. Emergía así un partido políticamente pragmático, socialmente heterogéneo en sus bases electorales de apoyo, y donde los afiliados perdían progresivamente poder e importancia (Kirchheimer, 1980). Este tipo de partido se alejaba del modelo teorizado por Duverger.

A principios de los años 80, el cientista político italiano Angelo Panebianco, refinó el citado análisis y denominó al partido "*Atrapa Todo*" como Partido Profesional Electoral.

Los factores que explicaban la aparición de este partido son fundamentalmente dos:

- **Cambios en la estratificación social**, que terminan con estructuras clasistas simples, alterando la composición social del electorado, sus características y actitudes culturales. Como consecuencia, se multiplican los clivajes o líneas de división política de la sociedad contemporánea y se diluye la importancia de los grupos sociales de referencia partidista.
- **Cambios de tipo tecnológico** que reestructuran el campo de la comunicación política, destacando fundamentalmente el avance de la televisión, que lleva a la mutación de las técnicas de propaganda y, con ello, al deterioro de los viejos roles burocráticos dirigenciales y militantes.

Este nuevo modelo de partido se caracterizaría por:

- a) **La menor importancia del afiliado y del militante de base.** Las campañas se harían a través de los medios de comunicación y las diseñarían profesionales. Ello provocaría un encarecimiento de la actividad política, por lo cual el financiamiento provendría sobre todo de grupos de interés y no de la cotización individual.
- b) **La profesionalización de la labor política.** Ello, porque ahora los dirigentes estarían obligados a dedicarse tiempo completo a la política, y porque requerirían de asesores comunicacionales y de tecnócratas especializados en los temas puntuales demandados por la opinión pública.

La desideologización de los partidos por el predominio de una política pragmática, maximizadora del voto y centrada en asuntos puntuales, más que en la dimensión integradora y simbólica de las grandes cosmovisiones doctrinarias (Panbianco, 1990).

Reiteramos que la televisión sería un factor capital en este desarrollo organizativo, pues los dirigentes y líderes podrían ahora relacionarse directamente con votantes y públicos. Esto provoca el debilitamiento de las estructuras organizativas internas, la realización de campañas electorales "permanentes" y un aumento en la importancia de expertos y tecnócratas. Los líderes serían ahora representantes parlamentarios del partido y no los antiguos miembros de su burocracia interna. Para la creación y difusión de imágenes, los partidos se dirigirían cada vez más a agencias de publicidad expertas en la aplicación de los criterios de la propaganda comercial a la comunicación política (Zolo, 1994).

Como es obvio, en los sistemas políticos con baja continuidad democrática y electoral -carentes por tanto de política competitiva, y/o donde el partido burocrático de masas fue inexistente o de tardía implantación- los partidos evolucionarían casi sin contrapeso alguno, hacia partidos "ligeros", del tipo profesional electoral.

Desde otro ángulo, es igualmente claro que crisis económicas pro-

fundas y la debilidad de las instituciones estatales para solucionarlas, provocarían a su vez mutaciones en la estratificación social tradicional, que también favorecerían la aparición de un nuevo tipo de partido. Ello explica que en América Latina la reciente crisis económica y social, y la ausencia de tradiciones partidarias, favorezcan la aparición de particulares tipos de partido "ligero", efecto de una estructura social en descomposición.

Como es obvio, la erosión de las culturas de partidos en una sociedad más individualista y secularizada, junto con reducir drásticamente el "*voto cautivo*", retroalimentaría el alcance del fenómeno de mutación del modelo de partidos. Esto puede explicar que los pocos partidos burocráticos de masas que han alcanzado a surgir en el continente, languidezcan, con militantes nostálgicos de papeles y posiciones de poder definitivamente superados por los acontecimientos políticos y el cambio social y tecnológico.

2.3. La televisión y las dificultades para institucionalizar sistemas de partidos

Hay un aporte reciente de los profesores de la Universidad de Notre Dame, T. Scully y S. Mainwaring, que se orienta a complementar tipologías tradicionales sobre los sistemas de partidos, basadas en el número y la distancia ideológica, con la variable institucionalización (Scully y Mainwaring, 1996).

Dicho concepto depende teóricamente de trabajos de Samuel Huntington, quien definió la institucionalización como el "proceso por el cual las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad" (Huntington, 1972). Dicha variable parece particularmente pertinente para comprender la situación de los partidos en América Latina, donde la política competitiva ha sido escasa e irregular.

Según los profesores norteamericanos citados, la institucionalización de sistemas de partidos supone cuatro condiciones:

- La estabilidad en las reglas y en la naturaleza de la competencia entre partidos. Es decir, la regularidad y vigencia de

la democracia política y de las pautas fundamentales de la competencia partidista.

- La existencia de raíces partidistas más o menos estables en la sociedad, a fin de que los partidos no sean sólo etiquetas, sino actores políticos capaces de encuadrar el voto.
- Que los actores relevantes concedan importancia a las reglas del juego electoral y a la existencia de los propios partidos. Es decir, que las elecciones competitivas y los partidos sean los canales que normalmente lleven al gobierno.
- Que las organizaciones partidarias tengan importancia. Ello significa que posean autonomía relativa respecto de fuerzas sociales y económicas, y también de liderazgos carismáticos (Scully y Mainwaring, 1996).

Dados los requisitos anteriores, es fácil comprender porqué en América Latina la presencia de sistemas de partidos institucionalizados ha sido más bien la excepción que la regla. En efecto, la presencia casi permanente de regímenes autoritarios, las tradiciones corporativas de intermediación de intereses y las prácticas populistas, son factores que dificultan el fortalecimiento de los partidos.

Pero la irrupción de la video política agrava aun más la situación negativa de los sistemas de partidos en nuestras sociedades, pues la televisión favorece la personalización de la política y da a los liderazgos la posibilidad de montar ya no sólo campañas que prescindan de ellos, sino que, incluso, permite crear organizaciones ad-hoc, los llamados partidos flash, o de irrumpir ante el electorado desde fuera del sistema de partidos, como ocurre con los llamados outsiders.

Además, dada la debilidad de las organizaciones partidistas en la mayoría de los países de América Latina, es fácil su reemplazo por la televisión como espacio o canal de expresión de variadas demandas populares carentes de respuesta o de acogida.

De igual modo, los cambios en la función de socialización y movilización de la opinión pública, más la crisis económica y las modificaciones en la capacidad reguladora del Estado, producen un incremento de la volatilidad electoral -fluctuación del voto entre una elección y otra-. Ello impide que los partidos echen raíces estables en la sociedad y que las pautas de la competencia partidista adquieran regularidad.

Finalmente, la presencia de una cultura política populista-caudillista y la baja capacidad de discriminación medial de un ciudadano sin educación cívica, favorecería la *"anti política"*, desarrollada por medios de comunicación sensacionalistas o poco interesados en robustecer la legitimidad democrática y partidista.

En muchos lugares de América Latina se daría, además, una simbiosis entre los medios y grupos empresariales, cuyo objetivo fundamental es el lucro y no el fortalecimiento de las instituciones y de los actores democráticos. Ayudaría a lo anterior, la llamada *"farandulización"* o banalización de la política, provocada por dirigentes que, ansiosos de estar presentes en las pantallas de la TV, asisten a programas frívolos o bobos, donde se destruye la dignidad de lo público ante los telespectadores y votantes.

Todo esto nos lleva a un círculo vicioso, pues la debilidad en los sistemas de partidos en América Latina, producto del bajo grado de asentamiento social que han tenido históricamente y del débil peso específico que han conseguido o se les ha permitido, significa que los medios de comunicación de masas, en especial la televisión, carecen del más mínimo contrapeso. Y ello dificultaría aun más la institucionalización de sistemas de partidos.

3. CONCLUSIÓN

El poder del video tiene como punto importante a su favor, el hecho de poner reflectores sobre la política y eso puede permitir que se reduzca la corrupción en las sociedades democráticas, pues la política ya no es sólo el lugar de lo común, sino también el lugar de lo visible.

De igual modo, la TV puede permitir que se mejore la representación de los gobernados, ya que los partidos deben ser mucho más sensibles a sus inquietudes y demandas. Es también muy probable que el impacto de los cambios tecnológicos en la comunicación política posibilite reducir la brecha entre gobernante y gobernados, mejorando la calidad democrática (Dahl, 1992, Fishkin, 1995). Todos esos cambios parecen positivos para una democracia mejor.

Sin embargo, la video política también ha agravado el deterioro de las funciones tradicionales de los partidos; ha obligado a partidos reacios a la reforma, a rediseñar rápidamente su organización interna y, sobre todo, parece dificultar la institucionalización de sistemas de partidos, que es uno de los grandes desafíos de las emergentes democracias latinoamericanas.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, B.; POWELL, B. (1972). *Política comparada, una concepción evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- DAHL, ROBERT (1992). *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Paidós.
- DUVERGER, MAURICE (1972). *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FISKHIN, JAMES (1993). *Democracia y deliberación*. Barcelona: Ariel.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- HUNTINGTON, SAMUEL. (1972). *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Paidós.
- KIRCHHEIMER, OTTO (1980). *El camino hacia el partido de todo el mundo*. EN: "Teoría y Sociología Crítica de los Partidos Políticos". LENK, K. y NEUMAN, F., editores. Barcelona: Anagrama.
- MACPHERSON C., B. (1982). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza.
- PANEBIANCO, ANGELO (1990). *Modelos de partido*. Madrid: Alianza.
- SARCINELLI, ULRICH. (1995). "La TV - democracia". EN: *Medios de comunicación, democracia y poder*. THESING, J. y HOFMEISTER, W., Editores. Buenos Aires: CIEDLA.

- (1997). "¿De la democracia parlamentaria y representativa a la democracia de los medios". EN: Contribuciones N° 2. Buenos Aires: CIEDLA.
- SARTORI, GIOVANNI (1988). Teoría de la democracia revisada. Madrid: Alianza, Tomo I.
- (1998). Homo Videns. Madrid. Taurus.
- SCULLY, T.; MAINWARING, S. Editores. (1996). La construcción de instituciones democráticas. Santiago, Chile: CIEPLAN.
- ZOLO, DANILO (1994). Democracia y complejidad. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1997). "La ciudadanía en una era poscomunista. EN: Agora N° 7. Buenos Aires.